

**EL EVOLUCIONISMO EN LA FICCIÓN FANTÁSTICA
Y EN LOS ORÍGENES DE LA CIENCIA-FICCIÓN RIOPLATENSE:
LEOPOLDO LUGONES Y HORACIO QUIROGA**

**EVOLUTIONISM IN FANTASY FICTION
AND SCIENCE FICTION'S ORIGINS ON THE RIVER PLATE AREA:
LEOPOLDO LUGONES Y HORACIO QUIROGA**

CAROLINA SUÁREZ HERNÁN

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Resumen: El interés por el evolucionismo tiene manifestaciones relevantes en el Cono Sur a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Darwin recorrió gran parte de la costa sudamericana a bordo del Beagle y sus observaciones más importantes proceden de los descubrimientos en territorio argentino. Tales hallazgos suscitaron el interés especial por su obra entre los intelectuales. La divulgación de la obra del científico generó una profunda huella en el área rioplatense que se muestra en la literatura. Este trabajo se centra en las ficciones que exploran el evolucionismo desde la ficción especulativa, en concreto desde lo fantástico y la incipiente ciencia ficción, en especial en las

Abstract: The interest in evolutionism has long had important ties with the Southern Cone. Many of Darwin's observations were the result of his explorations along the South American coast aboard the Beagle, and stemmed in particular from his discoveries in Argentina. Subsequently, Darwin's work was to have a profound impact on the River Plate area itself, as evidenced in its literature. The present work focuses on works of fiction that look at evolution from the perspective of fantasy, the origins of science fiction or speculative fiction, particularly in the work of Leopoldo Lugones and Horacio Quiroga, without forgetting the previous work of Eduardo Ladislao Holmberg.



obras de Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga, sin olvidar el precedente de Eduardo Ladislao Holmberg.

Palabras clave: darwinismo; evolucionismo; ciencia ficción; Leopoldo Lugones; Horacio Quiroga; Eduardo Ladislao Holmberg

Key words: Darwinism; Evolutionism; Science fiction; Leopoldo Lugones; Horacio Quiroga; Eduardo Ladislao Holmberg

La literatura fantástica y la ciencia ficción se inician en Argentina y en Hispanoamérica en el siglo XIX con nombres como Miguel Cané, Juana Manuela Gorriti y, sobre todo, Eduardo Ladislao Holmberg. Este último, médico y naturalista, es sin duda el iniciador del género de ciencia ficción con *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte* (1875) y es autor de novelas y relatos en los que lo fantástico linda con la fantaciencia e incluye elementos teosóficos, sociales y científicos.

El Modernismo explora esta línea emprendida por Holmberg y los cuentos de Leopoldo Lugones y de Horacio Quiroga, entre otros, suponen un eslabón fundamental en este desarrollo. El movimiento modernista surge en Hispanoamérica como una reacción al positivismo y al arte burgués y, por ello, permite la entrada a la expresión fantástica como contrapartida a la literatura racionalista. Gabriela Mora (1996: 139) señala la tensión entre las ciencias académicas y las ciencias ocultas y la atracción y repulsa mostrada tanto hacia la ciencia como hacia el esoterismo. Esta actitud ambivalente es, para Mora, un reflejo de la inquietud de la época ante la ciega aceptación del progreso. Las nuevas creencias adquieren predicamento a la vez que se extiende la reticencia hacia el positivismo. Del mismo modo, Oscar Terán (2008: 138) se refiere a la primera crisis de la modernidad como una sensación de pérdida de sentido de la existencia que, en cierto modo, la ciencia legitimaba y sugiere como ejemplos las leyes de la termodinámica y la teoría darwiniana, que sustrae al ser humano su lugar de privilegio en la creación.

El evolucionismo y el darwinismo han ejercido un fuerte influjo en el desarrollo de la ficción fantástica científica y los relatos de los autores mencionados son prueba de ello. Sin embargo, en el proceso se observan diferencias claras con respecto a las actitudes hacia el conocimiento y la razón. Holmberg ficcionalizó la disputa entre los evolucionistas y los creacionistas y el triunfo de los primeros en *Dos partidos en lucha. Fantasía científica* (1875) y muestra una vocación científica que confía en la evolución como progreso, mientras que Lugones y Quiroga se ven influidos por el evolucionismo pero para explorar el vértigo que supone la mirada hacia el origen de la civilización humana.

Este trabajo indaga en algunos relatos que problematizan el origen y desarrollo del ser humano, así como en el surgimiento del lenguaje y en la filiación del hombre y el simio. La primera parte revisa algunas cuestiones acerca del asentamiento del pensamiento evolucionista en Argentina y algunos aspectos de la

divulgación de los debates científicos. En la segunda sección, este artículo se centra en los relatos de Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga.

El debate darwinista en el Río de la Plata y su presencia en la cultura y la literatura

Entre 1831 y 1835, Charles Darwin recorrió gran parte de la costa sudamericana a bordo del Beagle y algunas de sus observaciones más importantes proceden de los descubrimientos en territorio argentino y del contacto con los indígenas de Tierra del Fuego. La que sería la segunda travesía del Beagle tenía como objetivo mejorar la cartografía de la costa sur para optimizar la logística de la marina británica (Blasina 2009: 54). En el barco viajaban unos indígenas de Tierra del Fuego que habían sido capturados en el pasado y obligados a permanecer en Inglaterra durante un tiempo. Darwin observó a los indígenas de la Patagonia y mostró su asombro por las enormes diferencias que cree encontrar entre estos hombres y los europeos. En su obra *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* afirma, por ejemplo, que su sistema de comunicación está basado en la imitación y que no parece lenguaje articulado. Por esta y otras razones, compara a los indígenas con animales y sus costumbres con el instinto. El científico se pregunta cómo una tribu ha llegado a un lugar tan inhóspito, pero, al mismo tiempo, considera que están perfectamente adaptados a sus duras condiciones de vida. El viaje por tierras americanas fue determinante para la publicación de *El origen de las especies* (1859) y también para la gestación de *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1879).

Cuando Darwin llegó al Río de la Plata aún creía que las especies eran fijas e inmutables y fueron precisamente esas experiencias las que iniciaron el cambio para descifrar el origen de la existencia humana. *El origen de las especies* suscitó una fuerte polémica entre los que creían en la Biblia y los evolucionistas. Esta discusión se materializó en la Asamblea científica de Oxford con el debate que tuvo lugar entre el obispo Samuel Wilberforce y Thomas Huxley en 1860. El período reaccionario posterior a la Revolución Francesa no pudo frenar el ímpetu del pensamiento científico ni el acoso a las explicaciones teológicas del mundo y del ser humano. Aunque muchas de las conclusiones de Darwin ya habían sido anticipadas por otros autores como Jean-Baptiste Lamarck en *Filosofía zoológica* (1809), Darwin contó con el apoyo de las investigaciones geológicas relativas a la antigüedad de la Tierra. La ortodoxia religiosa afirmaba la corta edad del planeta, lo que suponía un obstáculo para las explicaciones biológicas evolucionistas que conjeturaban que el origen del ser humano era el mismo que el del resto de organismos vivos. Fue Charles Lyell quien, en *Principios de Geología* (1830), proporcionó el marco científico de las teorías de Darwin: una cronología larga y una explicación de la extinción de las especies a causa de la lucha entablada con otras de nueva aparición. Esto suponía proyectar la idea de progreso en la evolución biológica de un modo ilegítimo, pues implicaba extrapolar la dominación ejercida por las naciones europeas sobre los pueblos colonizados a una ley natural de la supervivencia de las especies más aptas o mejor adaptadas. Pero en su origen, la idea de la

lucha por la existencia fue una aportación de Thomas Malthus, quien negaba las nociones ilustradas de progreso. Según Darwin, el motor del progreso será precisamente esa lucha por la supervivencia que Malthus siempre contempló como causa de la miseria perpetua de la humanidad. La teoría de Darwin mantenía la existencia de leyes naturales que guían el devenir histórico. Tales leyes se fundamentan en una lucha constante entre el conjunto de organismos vivos por ocupar un nicho ecológico. El resultado de esa lucha siempre apunta a la supervivencia de los organismos que mejor se adaptan a las condiciones de su entorno, de modo que la dirección evolutiva apunta hacia un progreso imparable, un perfeccionamiento de las formas de vida.

La posterior divulgación de la obra del científico británico generó un profundo interés en el área rioplatense cuyos efectos se pueden rastrear en la literatura en general y en las primeras producciones de ciencia ficción. Los artículos en revistas y periódicos muestran la popularización de los principios evolucionistas. En general, el espacio cultural se vio repleto de reflexiones que ratificaban o negaban las teorías evolucionistas y señalaban las implicaciones con distintas áreas del conocimiento.

Entre 1880 y 1910 en Argentina se superponen ideologías y doctrinas diferentes, pero el positivismo es la dominante y fue el pensamiento que originó las políticas estatales de centralización y homogeneización. El positivismo en la década de los ochenta se convierte en el fundamento científico para las acciones sociales y económicas llevadas a término por los gobiernos. Es el caldo de cultivo en el que Florentino Ameghino (1917), en distintos textos a partir de 1879, formula su tesis de que el hombre americano es autóctono de esas tierras y plantea la necesidad de crear una religión de la ciencia (Guadarrama 2004: 125). En 1872 se creó en Buenos Aires la Sociedad Científica Argentina. El positivismo en Argentina es una filosofía cargada de confianza en el hombre y en el futuro; esta doctrina se asimiló como una suerte de religión de la ciencia que legitimaba cualquier acción en aras del crecimiento. Las ramas del positivismo que más predicamento tuvieron en Argentina fueron el materialismo y el determinismo y ambas están en la base de los proyectos 'civilizadores' que implicaban tanto la conquista de tierras como la eliminación de segmentos sociales considerados un lastre para el progreso. Por tanto, el positivismo y el darwinismo representan los discursos de la modernización del estado y de las instituciones.

Leila Gómez (2008: 13) afirma que el progreso se entendía en términos de evolución; esto es, como superación de estadios primitivos. En realidad, es el darwinismo social la orientación que más influencia tuvo en la época. Herbert Spencer abordó en *Principios de biología*, publicado en 1864, el problema de los cambios biológicos de la especie humana integrándolos en una concepción del progreso cuyo horizonte era la adaptación de la especie. El proceso evolutivo estaba impulsado por la lucha por la supervivencia y la desaparición de los desfavorecidos y los débiles era parte esencial del progreso. Estas teorías son prueba de cómo la ideología política puede encontrar confirmación a través de un aparato

pseudocientífico. El enfoque reduccionista de la corriente spenceriana servía de forma más apropiada al pensamiento sociopolítico predominante. Se trataba de una lectura del evolucionismo como supervivencia del más apto; el cambio social era interpretado como evolución y progreso. Ahora bien, la evolución natural es probabilística y no obedece a un fin sino que es un fenómeno aleatorio y, la teoría de Spencer entiende que la evolución es determinista porque cada estadio social de la humanidad es consecuencia del anterior. En este contexto ideológico, José Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y el propio Domingo Faustino Sarmiento afrontan la historia y la sociedad argentinas como un cuerpo enfermo y señalan grupos sociales y raciales como carentes de evolución. Marcelo Montserrat destaca que el progresismo biologicista como modelo racional y armónico se precipitó “en las fauces de un irracionalismo voraz; una vez más, el sueño de la razón había engendrado monstruos” (1999: 46). De hecho, esta ideología, el evolucionismo lineal etnocéntrico, sirve como justificación, por ejemplo, de las campañas llevadas a cabo contra los indígenas. Argentina estaba en guerra y la pampa era un territorio todavía sin dominar por parte del hombre blanco. Darwin narra cómo fue testigo del holocausto indígena y cómo la guerra se consideraba justificada por estar dirigida contra salvajes.

Filiación problemática entre el ser humano y el simio en Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga

Lo fantástico cientifista del XIX muestra la crisis de fe del período y las nuevas inquietudes que introduce el proceso de la modernidad. Lola López Martín (2009: 190) propone el término fantaciencia para designar este género propio del siglo XIX que articula elementos de la tradición fantástica con elementos de la ciencia ficción. Igualmente, López Martín (668) comenta que numerosas novelas de la época incluyen explicaciones científicas con el fin de popularizar doctrinas y teorías y menciona, por ejemplo, “Viaje a través de la estirpe”, de Carlos Octavio Bunge, donde aparece el propio Darwin.

Sandra Gasparini (2010: 76) afirma que *Dos partidos en lucha. Fantasía científica* (1875), de Holmberg, refleja el dilema en torno a la institucionalización de la ciencia en la Argentina e inaugura un nuevo género. En esta obra, Holmberg imagina el viaje de Darwin a Buenos Aires para demostrar la teoría de la evolución a los dos partidos argentinos, Rabianistas o Creacionistas y Transformistas, enfrentados en cuestiones científicas, sociales y políticas. Los partidos representan a los protagonistas reales del debate científico argentino sobre el evolucionismo entre Germán Burmeister, director del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que lidera la posición más conservadora y Florentino Ameghino y el mismo Holmberg, que defienden el evolucionismo. En la discusión representada en la narración intervienen nombres como Bartolomé Mitre, Francisco P. Moreno, Sarmiento, Nicolás Avellaneda y Adolfo Alsina. La historia incluye un personaje que funciona como proyección de Holmberg, Ladislao Kaillitz, autor de los manuscritos que conforman la obra.

Uno de los momentos culminantes de la obra tiene lugar cuando se procede a la disección de un “mono antropomorfo”, que resulta ser un akka, un pigmeo del África Central, supuestamente un estadio intermedio entre el mono y el hombre. Leandro Simari (2015: 59) señala que las palabras de doctor Pascasio Grifitz sobre la protección de la vida humana implican una insinuación de Holmberg acerca de los peligros de la ciencia mal aplicada. El personaje Estaca afirma que la ciencia justifica la muerte de monos e incluso hombres, a lo que Grifritz responde que no es necesario “ser asesino para examinar los misterios del organismo” (Holmberg 1875: 134). Holmberg incluye en su obra un apéndice con un trabajo de Paul Broca, fundador de la Sociedad Antropológica de París, titulado “Los akkas, raza pigmea del África Central”. En el artículo puede observarse la animalización y cosificación de los akkas y, según Rodríguez Pérsico, Holmberg plantea con la inclusión de este apéndice los vínculos resbaladizos entre la ciencia y la ética en la búsqueda del “eslabón perdido”, que destaca las diferencias entre las razas y sus orígenes (2001: 381).

La preocupación de la antropología por el origen del Homo Sapiens y su relación con los grandes simios impregna el espacio de la ciencia y el de la ficción. La popularización de los principios evolucionistas proporciona un marco en el que la ficción explora las conexiones entre humanos y simios. La hipótesis del salto evolutivo y del posible “eslabón perdido” se registra en noticias sobre criaturas antropomorfas y polémicas sobre las semejanzas entre hombres y monos. En el Río de la Plata surgen otras narraciones que cuestionan las fronteras que diferencian al hombre de la bestia y que problematizan el lugar del ser humano en la naturaleza como preponderante y central. La ficción especulativa abunda en relatos que giran en torno a la evolución regresiva con muy diferentes interpretaciones tales como el rechazo de las estructuras sociales y económicas modernas o el miedo a las consecuencias de un progreso tecnológico que se vuelva en contra de la humanidad. Así, por ejemplo, autores como Gioconda Marún (1995) creen que el evolucionismo oscurece en cierto modo el optimismo positivista y aporta una suerte de fatalismo científico. Igualmente, Andrea Novoa y Alex Levine (2010: 92) afirman que la asimilación del darwinismo en la literatura propició una postura desde la cual enfocar el lado oscuro de la ciencia.

En esta sección se analizan estos elementos en los relatos “Yzur” y “Un fenómeno inexplicable”, de Leopoldo Lugones, y “El mono ahorcado”, “El mono que asesinó” y, en menor medida, en “Historia de Estilicón” y “El salvaje”, todos de Horacio Quiroga. En ellos se entrecruzan la visión apocalíptica del futuro, la desconfianza hacia el discurso científico, la búsqueda de lo extraño y los miedos generados por el evolucionismo, tales como la ansiedad que rodea la lucha por la existencia y la posibilidad de la extinción.

Los primeros relatos de fantaciencia se interesan por las ciencias naturales y por los avances científicos y tecnológicos pero, sobre todo, por los vínculos de la ciencia con el ocultismo y el esoterismo. Además de los estudios de Darwin, el mesmerismo y la frenología, por ejemplo, son material de trabajo para los

escritores modernistas. En ocasiones, el discurso científico sirve para legitimar el interés por el espiritismo o la teosofía. Es precisamente la posibilidad de racionalizar un acontecimiento inexplicable lo que va a diferenciar la ciencia ficción de lo fantástico. Ahora bien, Carmen Ruiz Barrionuevo (1995: 181-182) señala que las fantasías científicas de Lugones suponen la adaptación de los procedimientos de la historia legendaria a los intereses de lectores desprovistos de creencias religiosas. Los relatos de Lugones no presentan la racionalización de la imaginación sino más bien el trastorno de los argumentos científicos por elementos que tienen su origen en esferas ocultistas o sobrenaturales. De hecho, la ambigüedad sostenida en los relatos acentúa esta interpretación, sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que la conjunción de las ciencias y la teosofía o el ocultismo no conduce a los protagonistas al éxito sino a la muerte o la locura.

Marini Palmieri (1998: 93) revisa el ideario lugoniano y concluye que su hilo conductor tanto en el ensayo *Prometeo*, de 1910, como en “Ensayo de una cosmogonía”, que cierra el volumen *Las fuerzas extrañas* (1906), es el teosofismo de Helena Petrovna Blavatsky, doctrina que sedujo al poeta. Así, en el “Ensayo”, Lugones proporciona al lector una teoría del universo que explica los acontecimientos de sus relatos. El proemio presenta a un narrador transcriptor de las teorías de un caballero que dice haber conocido en un paso de la Cordillera de los Andes. Cierra la exposición un epílogo con las reflexiones del narrador. El “Ensayo” ofrece la concepción lugoniana del universo, su visión metafísica, según la cual la materia fue creada por grados y la energía absoluta es pura eternidad hasta la aparición del tiempo. En el origen no existía diferencia entre materia orgánica e inorgánica ni entre tiempo y espacio o materia y espíritu y las transformaciones siguen el pensamiento implícito en cualquier forma de materia. La cosmogonía está influida por algunas teorías con relevancia a finales del siglo XIX, como la teoría atómica de la materia, la teoría ondulatoria de la luz y descubrimientos como el magnetismo y la radioactividad. Se funde lo científico con lo teosófico en una reorganización del mundo en torno al hombre y se cuestionan los principios materialistas y atomeístas del positivismo.

En este contexto, tanto “Yzur” como “Un fenómeno inexplicable” invierten los términos del darwinismo al afirmar que los monos fueron antes humanos y que el ser humano ha existido siempre, como plantea la décima lección del “Ensayo de una cosmogonía”. “Yzur”, relato integrado en *Las fuerzas extrañas* (1906), está narrado en primera persona por el autor del experimento, quien sostiene que en el pasado los monos fueron hombres que perdieron la facultad del lenguaje. El narrador afirma que extrajo esta creencia del hecho de que los naturales de Java consideraban que los monos no hablaban por voluntad propia y, sobre todo, para no tener que obedecer y trabajar.

Los monos fueron hombres que por una razón u otra dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a

ser animal” (199).

El narrador propone, en contra de la idea de evolución ininterrumpida, la posibilidad de que pueda producirse un estancamiento. Por ello, el narrador quiere demostrar su teoría haciendo hablar a un chimpancé llamado Yzur de cuya “humanidad detenida” no tiene duda. Los detalles expuestos sobre la posición de la laringe, el área de Broca, las disfunciones lingüísticas estudiadas en seres humanos y las habilidades imitativas de los simios o el aprendizaje de los sordomudos conforman el aparato teórico del que parte el narrador.

La cuestión del origen del lenguaje está detrás del planteamiento del relato. En 1866 los estatutos de la Societé de Linguistique de París prohibían tratar la cuestión del surgimiento del lenguaje y algo similar ocurre en la Linguistic Society of America. Se consideró un tabú debido a la imposibilidad de afrontar el tema de forma científica en el pasado. En la actualidad, la ciencia biológica resulta inconcebible sin la evolución, puesto que sabemos que la vida consiste en organismos que evolucionan. Sin embargo, el surgimiento y desarrollo del lenguaje no está claro en términos evolucionistas. La descendencia genética de la especie humana está resuelta pero no podemos decir lo mismo del lenguaje. Charles Darwin, en su obra *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871), plantea que el lenguaje se originó en la imitación de los sonidos de la naturaleza y su modificación y en las voces y gritos instintivos del hombre combinados con señas y gestos. Lo cierto es que no está nada claro que Darwin tuviera razón en este punto y el debate sigue abierto.

La búsqueda de alguna particularidad biológica que solo se dé en el ser humano y que le permita tener lenguaje no arroja resultados definitivos. Hoy en día, la posición de la laringe o el tamaño del cerebro han sido descartados como peculiaridades humanas que permitan el desarrollo del lenguaje. El que los humanos consiguieran control voluntario sobre los músculos laríngeos fue un proceso que llevó al menos un millón de años. Por otro lado, durante el siglo XIX, dos neurólogos comprobaron que las lesiones en ciertos lugares del cerebro tenían efectos sobre el lenguaje. Si la región afectada era la de Broca, se producían dificultades en la producción del habla. Un problema en el área de Wernicke tiene como consecuencia dificultades en la comprensión. El estudio de las afasias nos ha hecho llegar a la conclusión de que en estas áreas mencionadas se localiza la capacidad del lenguaje. Las áreas de Broca y Wernicke se sitúan en el hemisferio izquierdo del lenguaje y ahí estarían la fonología, la morfología y la sintaxis, pero el uso del lenguaje como puesta en funcionamiento de las estructuras está regido por el hemisferio derecho.

Sin embargo, el hecho de que el ser humano no posea una especificidad biológica relacionada con el lenguaje no es definitivo, puesto que puede argumentarse que el humano ha desarrollado más algunos rasgos y los ha combinado de forma más adecuada para generar el lenguaje. Del mismo modo, el desciframiento

de los genomas de varias especies concluye que compartimos el 98,5 % de los genes con el *Pan troglodytes*. La cuestión es que los animales están implicados en numerosos procesos comunicativos y entre estos y el lenguaje humano existen diferencias de grado. Se han hecho notables esfuerzos por enseñar a hablar a los animales más parecidos a nosotros, chimpancés y gorilas. Así, por ejemplo, el matrimonio formado por Allen y Beatrix Gardner emprendió en 1966 un proyecto en el que consiguió cierto éxito con el chimpancé Washoe, pues logró aprender unos ciento veinte signos y a combinarlos. Igualmente, en la misma época, David y Ann Premack enseñaron símbolos abstractos a otro miembro de la misma especie, Sarah, que también logró aprenderlos. Los resultados de estas investigaciones no proporcionan un cuadro uniforme.

Por tanto, el misterio del origen del lenguaje y la posibilidad de que los simios puedan desarrollar un lenguaje han sido objeto de numerosos estudios y el experimento llevado a cabo por el protagonista de "Yzur" no es tan descabellado, al menos hasta que la obsesión se apodera de él y la distancia entre el simio y el humano comienza a desdibujarse. Además, el narrador no es un científico, sino un hombre de negocios, y tanto su metodología como sus puntos de partida son erróneos. Fraser (1996: 14) destaca que la subversión del discurso científico está precisamente en la apariencia racional y objetiva de la disertación, que oculta el sadismo y la tortura. La premisa de que los monos fueron hombres y, por tanto, no hay razón científica para que el mono no pueda hablar es caracterizada irónicamente como "postulado antropológico". Así mismo, las referencias a las "razones científicas" están basadas en intuiciones y analogías. Por ejemplo, la comunicación entre monos se describe como "variada"; la capacidad craneal se despacha con una alusión a los cretinos; la función de la circunvolución de Broca no está, según el narrador, constatada; además de todo ello, el narrador asume sin demasiada reflexión que el silogismo no es extraño a la mente de los animales.

El narrador afirma haber conseguido que el mono articule las vocales y algunas consonantes, pero después de tres años no había logrado formar ninguna palabra. El narrador está convencido de que el mono se niega a hablar, creencia que se acentúa cuando el cocinero afirma haber oído a Yzur pronunciar alguna palabra; por ello, la cólera se apodera de él y lo maltrata para forzarlo a comunicarse hasta producir su muerte. La salud mental del narrador se cuestiona a medida que avanza el relato porque atribuye rasgos humanos al simio a la vez que su propio comportamiento se animaliza. En el momento de la agonía del simio, el narrador afirma haber escuchado en un susurro las palabras amo, agua, mi amo. La ambigüedad del final permite establecer diversas interpretaciones del proceso narrado, ya que el personaje ha dado muestras sobradas de su obsesión, que podría haber confundido el estertor de la muerte con algunas palabras. Esta ambivalencia del final, sumada al patetismo y a las manifestaciones previas del narrador ya comentadas, acentúa el carácter satírico del relato, dirigido contra el paradigma de hombre racional que confía ciegamente en el método científico. No obstante, no hemos de olvidar que el narrador asume los principios de la teosofía, por lo que el sarcasmo puede proyectarse hacia el perfil prometeico del narrador y su

pretensión de manipular el devenir de la evolución.

Por otro lado, es relevante para el análisis del relato la relación de dominación y esclavitud que se establece entre el narrador y el simio y la función del lenguaje como instrumento de autoridad y supremacía. De hecho, el relato presenta muestras de estrategias de supervivencia del subalterno apuntadas por la negativa al aprendizaje. Luis Cano (2006: 118) cree que Lugones, en este relato, no emplea la afirmación propia del discurso científico sino un lenguaje cargado de analogías que se centran en la identidad entre grupos humanos y antropoides. Michel Nieva (2018: 41) relaciona este y otros textos con los discursos pseudocientíficos, que ya se expusieron en la primera parte de este artículo, encaminados a la animalización y la criminalización de los pueblos indígenas. Al igual que los indígenas, los monos se convierten en objetos biológicos de experimentación. El narrador establece, por tanto, comparaciones entre el simio y, los loros, los bebés, los sordomudos, los cretinos y los negros. Así, establece que “la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro” (117). El experimento, motivado por el “demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad”, (123) parece querer convertir al simio en fuerza de trabajo y perpetuar el esquema de dominación, ya que las frases que pretende enseñarle a pronunciar son “yo soy tu amo” y “tú eres mi mono”. Lugones establece un paralelismo entre el fracaso del proceso de aprendizaje de Yzur y la imposibilidad de integración de la diversidad racial en la Argentina de la época.

“El mono ahorcado”, de Horacio Quiroga, muestra, al igual que “Yzur”, los experimentos para desarrollar el lenguaje de los monos. El cuento se publicó en el número 472 de la revista *Caras y Caretas*, en octubre de 1909. Del mismo modo que en “Yzur”, la obsesión y el exceso de poder del investigador provocan la muerte del animal y se produce también una humanización del simio en los instantes previos a la muerte. “El mono ahorcado” se aparta de la concepción teosofista porque pretende desarrollar la capacidad lingüística del mono a partir de sus habilidades para la imitación del simio y no recuperar una facultad perdida. El narrador emplea el tono distanciado de un informe, que sugiere la apariencia de verosimilitud y remite al “territorio moralmente libre de la ciencia positiva” (Sarlo, 2004: 38). En este punto, es pertinente comentar las “operaciones de transmutación” que, para Josefina Ludmer (1999: 148-153), tienen lugar en los textos de Leopoldo Lugones y de Horacio Quiroga. En primer lugar, el científico se convierte en transgresor e incluso en ocultista cuando traspasa las barreras de la ciencia oficial en sus experimentos; posteriormente, puede aparecer como torturador y asesino, como en el relato comentado o en *El hombre artificial* (1910), también de Quiroga.

El protagonista de “El mono ahorcado” afirma que amargó la vida del pobre mono con sus “experiencias extravagantes”, aunque no asume la responsabilidad de las consecuencias de sus actos. El mono Titán es sometido a experimentos para averiguar si es capaz de hablar y de concebir la idea de superficialidad. El narrador se muestra contrario a la idea de superioridad del lenguaje y el pensamiento sobre

otras acciones ineludibles para la supervivencia. Según el protagonista, la facultad de hablar no está relacionada con las necesidades absolutas y, puesto que algunos pájaros son capaces de articular palabras, los monos deben también poder hacerlo. Para demostrar su hipótesis, el narrador somete al mono a todo tipo de pruebas gratuitas que incluyen el consumo de hachís. En uno de los experimentos, el mono muere ahorcado y el narrador está seguro de que ha sido un suicidio. En el juego con la muerte practicado en la hipoxifilia, el mono Titán ha aprendido por imitación a aflojar el nudo en el momento preciso, por lo que el suicidio ha sido premeditado para escapar de las torturas. Así mismo, el narrador cree observar “extrañas tibubeaciones en su prodigiosa precisión de bestia” y cree que quizá se haya producido una “ruptura del equilibrio animal”. Por tanto, es la angustia humana del vacío lo que ha llevado al mono al suicidio, de lo que se deduce que el ser humano posee una mayor fragilidad que la bestia y que los comportamientos humanos pueden ser absurdos e insondables.

Evanghélia Stead (2004), en su ensayo sobre la creación o reinterpretación del monstruo en el periodo de finales del siglo XIX, incluye al simio como metáfora de esa criatura hipotética que tuvo lugar en la cadena evolutiva que se conoce como el eslabón perdido. La autora se refiere al final de “Yzur” para afirmar que la instrucción del simio solo conduce a la humillación y a la desgracia. “El acceso del simio a la cultura implica la conciencia del desequilibrio y la suficiencia humanos, que culmina con el odio al creador” (374). El hombre induce la desesperación en su alter ego, la bestia, y esta se rebela, lo que siempre conlleva un final fatal. El narrador de “El mono ahorcado” insiste en subrayar el rostro sombrío y la expresión de concentración de Titán en el momento de su suicidio, aunque también sugiere que el mono puede haberse dejado llevar por una curiosidad sexual morbosa.

El relato “Historia de Estilicón” fue incluido en *El crimen del otro*, en 1904. Se trata de una historia aún más perturbadora en la que, en opinión de Beatriz Sarlo, “los humanos terminan barbarizados, golpeados hasta la muerte”, mientras que el mono permanece “aplastado por el recuerdo de sus hechos, humanizado por su propia violencia” (2004: 38). Estilicón crece consentido y desarrolla comportamientos anómalos, como, por ejemplo, escribir todas las noches. En opinión de Michel Nieva (2018: 37), Quiroga se sirve de las teorías que criminalizan y patologizan a los indígenas como una alteridad entre lo humano y lo simiesco. Así, el gorila posee el temperamento melancólico adjudicado a los indígenas y una fuerte tendencia a la perversión, la violencia y las patologías sexuales; de hecho, Titán es hijo de Estilicón y, por ello, hereda tanto la degeneración sexual como la melancolía que lo conduce al suicidio.

El narrador no asume ninguna responsabilidad en las tragedias provocadas por su curiosidad y asiste impasible a los sucesos de zoofilia y bestialismo que tienen lugar en su casa entre el viejo Dimitri, el gorila y la joven Teodora. Incluso Dimitri y Teodora parecen odiarse en silencio y competir por la atención del mono, que termina por matar a ambos. El narrador afirma que Estilicón “tiene un exceso

humano de recuerdos”, narra los momentos de compañerismo que comparten y se refiere al mono con rasgos que lo humanizan, como, por ejemplo, sus “ojos cavilosos” o el “rencor de viejo mono”. La filiación entre humanos y simios se ejemplifica en la extraña comunión entre Estilicón y el narrador puesto que la perversión del narrador se ejecuta a través de las acciones del gorila. El simio resulta ser una suerte de reflejo degradado y siniestro del protagonista, que se sirve de la ausencia de pautas culturales y tabúes del animal para llevar a la práctica sus tendencias criminales. Así, el mono es una suerte de fantasma vivo del pasado bestial del ser humano, del hombre primitivo que disfrutaba de una ferocidad libre de códigos éticos. No obstante, “El mono que asesinó” y “Un fenómeno inexplicable” exploran con mayor claridad la idea del desdoblamiento y de la perversión de la humanidad.

De hecho, Arturo García Ramos (1996) cree que “Un fenómeno inexplicable” inicia el tema del doble en la literatura fantástica hispanoamericana. El texto fue publicado en 1897 en la revista *Filadelfia* de Buenos Aires, órgano de la Sociedad Teosófica con el título de “La licantropía”; posteriormente, será incluido en *Las fuerzas extrañas* en 1906 con la modificación del título. El relato vincula la temática del doble a la naturaleza animal y salvaje del ser humano. El tratamiento del doble permite la presentación del sujeto múltiple. Ahora bien, no se trata de la dispersión del sujeto, sino de la multiplicidad intrínseca del ser humano. La noción de sujeto unitario se problematiza porque se plantea la posibilidad de que convivan en el ser humano racional y moderno otras vertientes atávicas, primitivas y salvajes en pugna por salir a la superficie.

El narrador indica que los hechos sucedieron once años atrás, cuando viajaba por la región que divide Córdoba y Santa Fe y se alojó en casa de un viudo inglés que vivía en absoluta soledad. Los personajes están unidos por su común interés por la homeopatía y teorías en torno a las alucinaciones. La animada conversación lleva al inglés a narrar sus experiencias en la India con lo que él llama “el misterio”. El personaje reúne las características de la melancolía y el narrador incluso lo tilda de místico e insiste en su tristeza y su aislamiento. La curiosidad y la audacia llevaron al protagonista a experimentar junto a los yoguis el autosoñambulismo y el desdoblamiento, que llegó al extremo de provocar la materialización del doble degradado en un ser que llegó a ver un día en un rincón de su habitación:

Y esa forma era un mono, un horrible animal que me miraba fijamente. Desde entonces no se aparta de mí. Lo veo constantemente. Soy su presa. A donde quiera él va, voy *conmigo*, con él. Está siempre ahí. Me mira constantemente, pero no se *le* acerca jamás, no se mueve jamás, no *me* muevo jamás (132).

El hombre afirma haber perdido el concepto de unidad y ver las cosas dobles. La confusión mental del inglés se muestra en el trastocamiento de los verbos y los pronombres, que son también señalados por el narrador. El hombre constata que está viendo en ese momento a su doble, “negro” y “melancólico”, con cara de

mono, pero muy semejante a él.

El narrador se muestra escéptico, pero decide dibujar la silueta de la sombra del inglés con la intención de demostrar que aquello no era más que una locura, pero el dibujo muestra indudablemente la forma de un mono. El lado irracional y oscuro del ser humano se personifica en el simio, que refleja la otredad y la naturaleza animal del ser humano. Hasta ese momento final, se mantiene la ambigüedad de los hechos, que pueden ser interpretados como un caso de licantrópía, ya que el temperamento del inglés muestra rasgos de perturbación. Sin embargo, el relato pretende disipar las dudas acerca de la veracidad del desdoblamiento y del carácter bestial y maldito de la aparición. Lugones construye el cuento entretejiendo el discurso científico y el ocultista. El protagonista se ve apesadado por un espectro del pasado evolutivo durante las meditaciones y la proyección astral. El miedo a la hibridación y a la regresión hilvanado con las creencias místicas es también el motivo del siguiente relato comentado.

Horacio Quiroga publicó “El mono que asesinó” por entregas entre mayo y junio de 1909. El relato narra la aventura que comenzó en un jardín zoológico cuando el protagonista de la historia, Guillermo Boox, decidió robar un mono que se dirige a él con frases aparentemente sin sentido pero que conmueven su alma y sacuden “lo más remoto de su memoria”, aunque no acierta a comprender por qué. Al igual que en “Un fenómeno inexplicable”, se establece una correspondencia entre el mono y el diablo y, como Yzur, Estilicón y Titán, se describe con carácter melancólico “serio, aburrido, filosófico” y atributos que lo humanizan. Del mismo modo, también el comportamiento del mono impregna la casa y contagia al hombre hasta que pierde el raciocinio.

El protagonista se plantea el problema en primer lugar intentando ser racional y después acudiendo a círculos espiritualistas. Como el mono tiene la facultad de hablar para él, Boox supone que existe un vínculo entre ambos y cuenta con su complicidad para llevarlo a su casa. El gibón proviene de India y Boox recuerda los vínculos de sus antepasados con aquel país, por lo que deduce que se trata de un caso de “herencia remota”. Sin embargo, no acierta a comprender cómo se ha producido esa conexión:

¿Pero cómo, cómo un vil mono podía descender de aquel hombre, amigo de su antecesor, que había dado la voz de alarma ante la creciente? Que la humanidad descienda del mono, todavía, pero que toda la franca y noble naturaleza humana se transforme en una bestia peluda y mordedora... (70).

Como Yzur, el gibón enferma gravemente y está al borde de la muerte; cuando el mono y hombre se encuentran en la misma habitación, el primero revela sus intenciones: “Boox –oyó que le decía-: hace tres mil años yo era un hombre, un *hombre* como tú, y vivía en la India, en el mismo pueblo que tu *antecesor*” (83). En aquel tiempo era un maestro, un elegido de Brahma, que fue asesinado por el abuelo de Boox. Su alma quedó enganchada por los deseos de venganza y, cuando

llegó el momento de la reencarnación, se espíritu estaba tan enfangado que se convirtió en un ser abyecto, en un mono. Se produce entonces el intercambio y Boox se transforma en el gibón mientras que el simio adopta la forma de hombre. Finalmente, Boox muere en el zoo en su forma simiesca pero con alma de hombre. Se produce, por tanto, una metamorfosis que, además, es atestiguada por un médico que no puede explicar científicamente los hechos. El mono se transforma en hombre y el hombre en mono y se establecen miradas cruzadas, desde sus naturalezas híbridas.

El ocultismo y la creencia en la reencarnación sirven de apoyo en este relato como explicación de los hechos, aunque el discurso cientifista también está presente en los intentos del protagonista por analizar la capacidad de expresarse del simio y la conexión que parece establecerse entre ellos. La involución se explica a través de la creencia en la metempsicosis, si bien también se trata de una regresión cultural a través de la memoria atávica. El relato invierte las categorías temporales y se altera la linealidad de la evolución, pero, sobre todo, se muestra la angustia por la posibilidad de un retroceso a la animalidad.

El interés de Horacio Quiroga por el origen del ser humano y la evolución se muestra también en “El salvaje”. El relato se publicó inicialmente como dos textos independientes; la primera parte, “El sueño”, que se llamó originalmente “El dinosaurio”, aparece en el número 35 de 1919 de la revista *Plus Ultra*; mientras que la segunda parte, “La realidad”, se dio a conocer como “Cuento terciario” en el número 615 de 1910 de la revista *Caras y caretas*. En la primera parte, el narrador cuenta la conversación que tuvo en uno de sus viajes con un hombre que vivía aislado en el Guayra con una estación meteorológica bajo su responsabilidad. El hombre le narra sin asombro ni extrañeza que ha permanecido una temporada conviviendo con un nothosaurio. El narrador señala que aquel periodo de tiempo aparece en los registros meteorológicos con una alteración por una humedad y lluvias más propias de tiempos muy remotos. El hombre afirma haber regresado al periodo terciario:

Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que yo era y sabía, lo que eran y sabían los hombres... Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe, porque tiene razón de ser. Desde miles de años la especie va al desastre. Ha vuelto al mono, guardando la inteligencia del hombre. No hay en la civilización un solo hombre que tenga valor real si se le aparta. Y ni uno solo podría gritar a la Naturaleza: Yo soy (29).

La segunda parte del relato, “La realidad”, narra la peripecia de la especie humana en su lucha por la supervivencia a través del viaje temporal del personaje que, en realidad, es un atisbo del proceso de la evolución reflejado en cada ser humano. Esto es, la ontogénesis reproduce la filogénesis y el ser humano actual puede experimentar “la carga de terror almacenada millones de años”. La descripción del hombre primitivo y del proceso de hominización incluye el cambio a la

posición erguida, el desarrollo de la mandíbula, el aumento de la capacidad craneal y la vida en las cavernas, pero, sobre todo, la lucha atroz “por la estricta conservación del individuo” y el pavor ante la posibilidad de ser devorado.

“El salvaje” es un relato de ciencia ficción en el que el curso temporal se ve alterado y un personaje regresa a la prehistoria por un período de tiempo. Se produce una inversión física y cultural y un viaje hacia la memoria ancestral que simboliza los miedos colectivos al estancamiento o la involución. Como se ha comentado, el detalle de los registros de la estación meteorológica sugiere la veracidad del relato del hombre, aunque la alusión al sueño y las dudas expresadas por el propio protagonista mantienen la ambigüedad del relato. Por otro lado, el relato alude a los vestigios de primitivismo que anidan en el ser humano y a los miedos atávicos que le acechan en la lucha por la supervivencia.

Conclusiones

El darwinismo se asoció a la ideología del progreso y de la laicidad y, en este contexto, la fantasía científica era una forma apropiada para discutir un nuevo paradigma científico. La literatura se convirtió en espacio apropiado para reformular el lugar de la ciencia en la sociedad moderna y para discutir acerca de saberes que pugnaban por acceder a la ortodoxia académica (Gasparini 2010: 15). Rachel Haywood Ferreira (2011: 80-81) comenta que el evolucionismo sirve en Hispanoamérica para plantear las tensiones entre las concepciones cíclica y lineal del tiempo, entre evolución e involución y entre progreso y decadencia que, a su vez, se vinculan con la eterna dicotomía entre civilización y barbarie. Además, no puede obviarse la ya mencionada influencia del darwinismo social que, con su pátina científica, impregnó las consideraciones en torno a la deriva de las sociedades.

La ciencia ficción o fantaciencia modernista se apropia del evolucionismo para cancelar y problematizar la noción de proceso y evolución. El evolucionismo obliga al ser humano a pensarse en términos de continuidad y la proyección hacia el futuro le enfrenta con la posibilidad de la degeneración e incluso la extinción. Octavio Paz, en su ensayo *Los hijos del limo*, analiza las nociones de desarrollo, progreso y modernidad y concluye que esta última empieza cuando se rompe con la idea de perfección de la realidad asentada en el ser y se abren así las puertas del futuro. La idea de que el futuro se detenga es insoportable porque “ofende nuestra sensibilidad moral al burlarse de nuestras esperanzas en la perfectibilidad de la especie, ofende nuestra razón al negar nuestras creencias acerca de la evolución y el progreso” (1993: 45). Los relatos estudiados en este trabajo están marcados por esta angustia ante la encrucijada que supone aceptar los caminos de la evolución o mantenerse en una suerte de eternización del presente solo posible en la literatura.

La literatura argentina cuenta con textos como los aquí analizados que elaboran de distintas formas los elementos comentados, tales como la apropiación del discurso científico y su transgresión, así como la ficcionalización de la figura del

investigador y su transmutación en ocultista o en torturador. Holmberg emplea la ficción, e incluso del humor, para divulgar los debates científicos y sus implicaciones políticas, mientras que Lugones y Quiroga subvierten los principios científicos para ahondar en la experiencia del tiempo y del hombre enfrentado a su pasado y su futuro. Del mismo modo, los conflictos culturales y científicos de fin de siglo se vislumbran en las obras analizadas, que presentan la tensión entre los avances científicos y filosóficos, como el darwinismo, y las ciencias ocultas. Esta actitud ambivalente es un reflejo de la inquietud de la época ante la ciega aceptación del progreso.

El optimismo y la confianza en la ciencia y en el progreso derivado de la filosofía positivista y evolucionista se cuestionan en relatos como “Yzur”, de Lugones, al igual que “El mono ahorcado” y “El mono que asesinó”, de Quiroga, en los que se invierte el postulado evolutivo. El clima crepuscular se ve acentuado por los principios de la lucha por la supervivencia y la selección natural, que se muestran de forma violenta. “Un fenómeno inexplicable”, “Historia de Estilicón” y “El mono que asesinó”, como ya ha sido expuesto, exploran la noción de alteridad a partir de las concomitancias entre el humano y el simio, con las implicaciones sociales y raciales que conlleva ya expuestas. Por último, los miedos ancestrales y los comportamientos instintivos de supervivencia alojados en el cerebro primitivo se muestran en pugna con la parte racional del ser humano en los relatos y subyace el miedo a que el primitivismo se vuelva preponderante.

Para concluir, retomamos la idea de que la fantasía científica del siglo XIX nos permite abordar los debates científicos que tienen lugar en el ámbito cultural, así como la crisis de fe que domina el periodo y los nuevos miedos que propicia el proceso de la modernidad. Precisamente, son ejemplo de ello las narraciones que se inspiran en el darwinismo para cuestionar las fronteras que diferencian al hombre de la bestia y que problematizan el lugar del hombre en la naturaleza como preponderante y central.

BIBLIOGRAFÍA

- Ameghino, Florentino (1917): “Origen y emigraciones de la especie humana”. En *Doctrinas y descubrimientos*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, pp. 167-212.
- Blasina, Eduardo (2009): *Darwin en el Plata. El descubrimiento de la evolución*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Cano, Luis (2006): *Intermitente recurrencia: la ciencia ficción y el canon literario hispanoamericano*. Buenos Aires: Corregidor.
- Darwin, Charles (2009): *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Madrid: Miraguano.
- — — — (2009): *El origen de las especies*. Barcelona: Austral.

- (1972): *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Madrid: Edaf.
- Fraser, Howard M. (1996). "Apocalyptic Vision and Modernism's Dismantling of Scientific Discourse: Lugones's Yzur". *Hispania*, 79, 1: 8-19.
- García Ramos, Arturo (1996): "Introducción". En Leopoldo Lugones *Las fuerzas extrañas*. Madrid, Cátedra.
- Gasparini, Sandra (2010): *Espectros de la ciencia. La ficción fantástica en la Argentina del siglo XIX*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Gómez, Leila (ed.) (2008): *La piedra del escándalo. Darwin en Argentina (1845-1909)*. Buenos Aires: Simurg.
- Guadarrama, Pablo (2004): *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Haywood Ferreira, Rachel (2011): *The Emergence of Latin American Science Fiction*. Middletown: Wesleylan University Press.
- Holmberg, Eduardo L (1875): *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. Buenos Aires: El Argentino.
- López Martín, Lola (2009): *Formación y desarrollo del cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Ludmer, Josefina (1999): *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil.
- Lugones, Leopoldo (2009): *Las fuerzas extrañas*. Madrid: Eneida.
- Mora, Gabriela (1996): *El cuento modernista hispanoamericano*, Lima-Berkeley: Latinoamericana.
- Marini Palmieri, Enrique (1988): "Esoterismo en la obra de Leopoldo Lugones". *Cuadernos Hispanoamericanos* 458: 79-96.
- Marún, Gioconda (1995): "Darwin y la literatura argentina del siglo XIX". *Actas XII. AIH*: 82-91.
- Montserrat, Marcelo (1999): "La mentalidad evolucionista en la Argentina: una ideología del progreso". En Thomas F. Glick, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Samper (Eds). *El darwinismo en España e Iberoamérica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 19-46.
- Nieva, Michel (2018): "La periferia de lo humano: vínculos entre la producción científica del indígena y las representaciones literarias de monos antropoides, criminales, parlanchines y melancólicos". *Ciberletras, Revista de crítica literaria y de cultura*, 40: 30-46.
- Novoa, Andrea y Alex Levine (2010): *From Man to Ape. Darwinism in Argentina 1870-1920*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Paz, Octavio (1993): *Los hijos del limo*, Barcelona: Seix-Barral.

- Quiroga, Horacio (1989): *El hombre artificial, El mono que asesinó, Las fieras cómplices, El devorador de hombres*. Madrid: Valdemar.
- (2001): *Cuentos completos*. Montevideo: Cruz del Sur Banda Oriental.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (2001): “Las reliquias del banquete darwinista: E. Holmberg, escritor y científico”. *MLN*, 116.2, 371-391.
- Ruiz Barrionuevo, Carmen (1995): “Las fuerzas extrañas de Leopoldo Lugones”. En Pupo-Walker (ed.), Enrique. *El cuento hispanoamericano*. Madrid: Castalia.
- Sarlo, Beatriz (2004): *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Simari, Leandro (2015): “Variaciones de la mirada científica ante la animalidad en las ficciones de Eduardo Holmberg”. *Anclajes*, XIX, 2: 48-62.
- Speratti Piñero, Enma Susana (1955): “La expresión de las fuerzas extrañas en Leopoldo Lugones”. *Revista de la Universidad de México*, 7: 19-21.
- Stead, Evanghélia (2004): *Le monstre, le signe et le fœtus. Teratogonie et Décadence dans l'Europe fin-de-siècle*. Genève: Droz.
- Terán, Óscar (2008): *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.